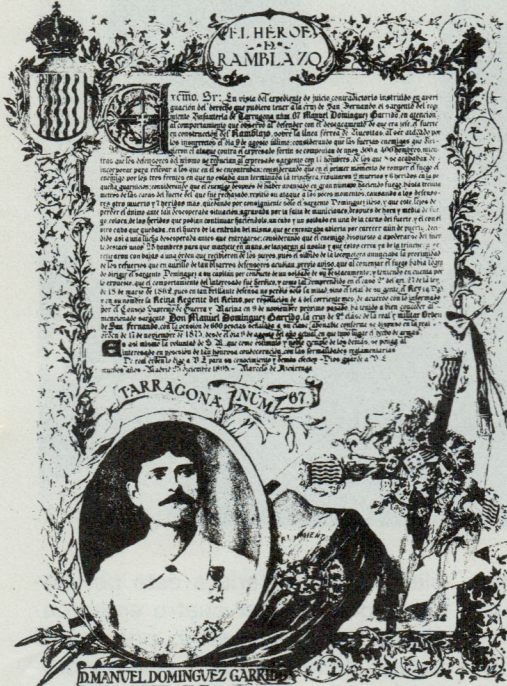


Suboficiales en la Historia



EL SARGENTO DOMINGUEZ, HEROE DEL RAMBLAZO

Por Miguel PARRILLA NIETO
(Subteniente de Infantería)

LA última mitad del siglo XIX fue particularmente agitada para las tropas españolas de guarnición en la isla de Cuba. Ya desde 1822 los movimientos independentistas tomaron cuerpo en forma de acciones terroristas para desembocar sin pausa y con violencia creciente, en las campañas de los últimos 30 años de posesión española.

La distancia, los escasos medios de comunicación y una incomprensible desidia por parte de las autoridades de la metrópoli, dieron lugar a que entorno a los combatientes de la isla antillana se corriera un sutil celaje de olvido y de silencio que hasta la fecha, no ha logrado desvelarse por el incansante rastro de los historiadores. Sin embargo, los memoriales y diarios de operaciones de unidades militares desaparecidas guardan entre sus legajos multitud de referencias a hechos de armas que por sí mismos, cada uno de ellos, podría dar tema para llenar de gloria centenares de páginas en

una breve síntesis de la presencia española en el continente americano.

Una cualquiera de aquellas unidades con nombre propio, bien podría ser el Regimiento de Infantería Tarragona n.º 67 y entre sus efectivos, todos ellos españoles, destacados a 5.000 kms. de sus hogares y casi a un mes de travesía por el Atlántico, la figura del Sargento Domínguez, héroe del Ramblazo, cuya gesta se narra en éste a modo de recuerdo, extraído de los anales, empolvados ya, de nuestras fuerzas armadas de ultramar.

Nuevitas, localidad pujante de la costa centro oriental cubana, nació en 1837 a expensas de la caña de azúcar y la ganadería; hasta la fecha, constituye el puerto más importante de la provincia de Camaguey, en la época final del gobierno español en Cuba desempeñaba una función económica de primera magnitud en el tráfico comercial de la isla, precisamente por esta pujanza y por la proximidad con la capital de la provincia, especialmente sensible a

la propaganda independentista, fue considerada en todo momento por el mando español como lugar conflictivo, de ahí que la guarnición de aquella plaza contase con numerosos efectivos y una red de destacamentos a lo largo de la línea férrea Camaguey-Minas-Nuevitas, cada uno de los cuales se hallaba al mando de un sargento, que a la vez ejercía las funciones de jefe de estación y comandante militar de una demarcación de ingenios azucareros.

Es uno de estos puestos ferroviarios, el del Ramblazo, hallábase destacado desde 1894 el sargento de Infantería D. MANUEL DOMINGUEZ GARRIDO, con una guarnición permanente de dos cabos y quince soldados. En el puesto, apenas una referencia geográfica entre cañaverales y marismas, tan sólo podía verse un viejo barracón y un muelle para la carga y descarga de mercancías. Todo su enlace con la civilización lo representaba la locomotora, que dos veces al día, anunciaba su paso por el destacamento haciendo sonar el silbato por las bastas soledades del entorno, el resto del tiempo, los pájaros de las charcas y lodazales eran los únicos acompañantes de los hombres destacados en el espolón camagueño.

El 24 de febrero de 1895, el grito de Baire anunciaba una nueva guerra entre cubanos y españoles y esta contienda había de ser la definitiva, era la guerra de la independencia, como fue proclamada por todo el territorio. El ejército, con efectivos impropios para hacer frente a un movimiento de carácter nacional, hubo de multiplicar sus posibilidades ofensivas y de defensa, fortificando, efectuando reconocimientos agotadores en la sierra o en la manigua y en definitiva haciendo frente a patrullas perfectamente organizadas para la lucha de guerrillas.

Como consecuencia de las medidas especiales adoptadas por el mando militar de la isla, el sargento Domínguez recibe orden de construir un fortín en el Ramblazo,

más de ser los más poderosos de la tierra son nuestros aliados?

Pero vayamos al grano. La Marina de Guerra, y, por lo tanto su Infantería de Marina a la que pertenezco, siempre fue abierta a cuanto información pudo hacerse de ella, y lo sigue siendo si ésta es constructiva, noble, veraz, tanto de su cometido, ejercicios de desembarco, material de que dispone, organización, uniformidad, etc., como también de sus aspiraciones, que las tiene, como cualquier otra institución, por el alto espíritu de cuerpo de sus componentes.

Puede ser uno lanzado y atrevido para llamar la atención del público, todo menos ponerse a jugar al corro «vamos a contar mentiras, tralará...» llevando a la prensa, no sé con qué intención, un trágico accidente con numerosos soldados ahogados en aguas de Almería durante unas maniobras navales; cuando la realidad, para nuestro asombro, no tuvo parecido alguno, porque se desacredita quien las escribe ante quienes pueden demostrar lo contrario, a la vez que se siembra cizaña entre los sorprendidos que no aciertan a creérselo o se lo creen a medias. Y contra eso voy yo, por distar mucho de la realidad y no ser absolutamente cierta tal afirmación del «NO».

Desde el año 1964 en que empezaron a tomar auge y prestigio los ejercicios de desembarco de la Infantería de Marina, contando ya con los primeros medios y material de aquella época, no hubo el más mínimo accidente hasta el adiestramiento de Asalto Anfibio en la playa de Carboneras, en la que un soldado de la UOE se disparó un tiro estando en la borda del buque de desembarco que lo transportaba; cayó al agua, y su mismo jefe de unidad, entonces Capitán Cañas se lanzó tras él, lo recogió, y se comprobó ya en cubierta que había sido un suicidio; ¿por qué lo hizo?, ¿enajenación mental?, ¿hidrofobia?, ¿cobardía? Ya no se pudo saber ni hacer nada por él, pero habida



cuenta de la predisposición de algunos individuos que se cifra en su carácter tímido, apocado, introverso, con marcada tendencia a la depresión, la circunstancia externa constituye, a juicio de no pocos médicos y psicólogos, el desencadenamiento del atentado contra la propia existencia.

En 1980, en otro Ejercicio ARDE-2/80, desapareció un soldado mientras navegaba su Batallón a bordo del buque-transporte, desde Garrucha a Málaga, después de concluidos los ejercicios. No debió arrastrarlo ninguna ola porque la mar estaba en calma, pero sí se comprobó por sus compañeros que tenía auténticos problemas personales.

Ni que decir tiene que unas fuerzas de desembarco, con su inmenso material de guerra, desde los buques que transportan los carros de combate en sus panzas, tractores anfibios, etc., hasta el simple manejo de las armas ligeras y cortas, y el medio en que se desenvuelven, están expuestas a un gran porcentaje de accidentes y pasan por muchos momentos apurados como lo acaecido durante la Operación «ONUBEX-3» (1968) —posi-

blemente se refería a este percance—, que al varar cuatro embarcaciones de desembarco, por el mal estado de la mar, se les resquebrajó el casco, se inundaron y fueron naufragos durante un poco tiempo, eso sí, con sus salvavidas puestos hasta que llegó la lancha de socorro; pero de todas estas peripecias sufridas desde aquel entonces, a contar: «el trágico accidente en las maniobras navales de Almería, en las que se ahogaron numerosos soldados al saltar, por lo visto, mal de las barcasas de desembarco, cargados con todo su equipo y armamento reglamentario», durante aquellas maniobras navales en Almería, va un abismo intolerable, carente de formalidad y de testigos que la Armada SI quiere.

No pretendo nada aireando entre los lectores de FORMACION la tergiversación de una información que nos afecta a todos, pero sí lo suficiente como para rechazar, al menos de esta forma, todo posible intento de querer difamar a nuestras instituciones y a quienes en ella servimos con honor a la Patria, decepcionando al mismo tiempo al resto de los españoles porque no sería bueno para nadie.



Mapa de la isla de Cuba. En el círculo, la región de Nuevitás.

obra que había de permitir una mejor defensa de la vía férrea, y a la vez servir de habitáculo seguro a los hombres de la guarnición. En virtud de esta decisión superior, Domínguez añade a sus habituales cometidos el de maestro de obras, y sin más ayuda que unas herramientas recibidas de Nuevitás, emprende sin pérdida de tiempo las tareas de fortificación.

Medio año de trabajos bajo los rigores de un clima que durante el día asfixiaba de calor y durante la noche empapaba como un aguacero, obligaron a Domínguez a solicitar el relevo de ocho de sus hombres, rendidos ya por el agotamiento y amenazados por el endémico peligro de las fiebres palúdicas. En lugar de los evacuados llegaron al destacamento otros reclutas recién incorporados de la península y a los dos días de la llegada de este nuevo contingente, prodújose el temido y siempre aguardado ataque de los insurrectos.

En la mañana del 9 de agosto, cuando todo el personal se hallaba trabajando en la empalizada exterior, una descarga cerrada, seguida del aullido de cientos de voces envalentonadas por la inminente matanza, pareció sacudir la espesura de los cañaverales como quebrantada por un diabólico terremoto. Al instante, dos hombres caían destrozados por la metralla y otros seis se arrastraban por el suelo dejando otros tantos regueros de sangre en su intento por alcanzar un parapeto.

El sargento Domínguez, consciente de lo crítico de la situación, destacó un enlace hasta Nuevitás en demanda de auxilio e inmediatamente, ayudado por uno de los cabos, recogió los cuerpos aún ca-

lientes de los que acababan de caer y todos, vivos, heridos y muertos, ocuparon la parte del fortín que mejor pudiera servir a la defensa.

Cuatrocientos insurrectos salidos de la espesura colindante cercaban ya a un edificio sin puertas, con dos de las paredes a medio levantar y una estructura poco resistente, en su interior, un sargento, dos cabos y doce soldados, de ellos la mitad heridos, se aprestaban a protagonizar una gesta de imborrable recuerdo para los que hubieron de enfrentarse en aquella fecha memorable a las armas españolas.

Repetidos ataques lanzaron los cubanos contra la exigua guarnición del fuerte, pero unos y otros fueron rechazados en el momento en que los agresores rebasaban la línea de 30 metros establecida por el sargento Domínguez para gritar ¡fuego! No obstante, transcurrida una hora de asedio, un muerto más y cuatro heridos se sumaban a las bajas producidas por la primera descarga enemiga.

Viendo los insurrectos que la táctica empleada no respondía a sus objetivos inmediatos, decidieron incendiar el fuerte y pasar a cuchillo a sus defensores; para lo cual organizaron un ataque a base de dos escalones, uno formado por 25 hombres armados de machetes y un segundo de incendiarios con manojos de cañas ardiendo; todo ello acompañado de una cobertura de fuego de repetición que habría de impedir toda posible salida al arma blanca por parte de Domínguez y sus hombres.

Sin apenas municiones y con sólo dos soldados ilesos, el sargento, adivinando las intenciones de los sitiadores y consciente ya de que la

situación era irreversible, colocó a los heridos en posición de hacer fuego, entre ellos dos extremadamente graves que sólo pudieron oprimir el disparador por una sola vez. En estas condiciones aguardó el ataque, parapetado a medias junto al hueco de la puerta.

La carga no se hizo esperar, como una tromba avanzaron los cubanos blandiendo en alto sus machetes de cañero y en contrapartida, como el trueno, la voz del sargento volvió a escucharse una vez más gritando ¡fuego! Al instante rodaron por el suelo machetes y hombres en sangrienta confusión. Los incendiarios detuvieron el avance y los dos únicos soldados que aún permanecían ilesos soltaron sus fusiles, heridos por la metralla que desde el exterior llovía sobre el fortín.

De improviso se hizo el silencio entre los sitiadores. Cesó el canto fatídico de las armas y un estridente silbido de salvación llegó hasta los oídos de los heroicos defensores del Ramblazo. Llegaba un tren y desde el estribo de la locomotora un capitán lanzó al aire la voz de ¡soldados, fuego! y de la plataforma de unos vagones descubiertos brotó un alud de plomo que hizo emprender la huida a los insurrectos.

Aún ardían sobre el suelo las cañas preparadas para el incendio del fuerte, cuando del interior salió el sargento Domínguez cubriéndose la frente con la reglamentaria prenda de cabeza. Cuadróse frente al oficial y con la mano a la altura del ala del sombrero, pronunció un conciso: «¡Sin novedad en el Ramblazo, mi capitán!»

Doce hombres heridos, tres muertos propios y más de sesenta cadáveres del enemigo desparramados por la explanada del fortín, fue cuanto pudo mostrar aquél sargento al jefe de su compañía.

La bandera del Regimiento de Infantería Tarragona lució desde aquél día una corbata roja y gualda que lleva por leyenda: «El Ramblazo (Cuba) 9-VIII-95-Sargento D. Manuel Domínguez Garrido».